

raba por los dos lados y la hacía saltar en su mano.

—¡Ah! ¿conque tienes hambre, hijo mío? Pues bien; ya vas á comer, á celebrar el año entrante y á tener tu aguinaldo. ¡Sería una lástima que tú fueras el único que no tuvieses regalitos en este día! Vamos á comer los dos.

Entró en una taberna y pidió medio pollo y un bizcocho borracho. El niño devoró alegremente ambas cosas, llenándose de grasa la boquita y las sonrosadas mejillas. Rambert, al verle, olvidaba todo lo que había sufrido.

—¿No comes, papá?—decía el niño.

—¡No; no tengo apetito!

Y sin embargo, sólo había tomado un poco de agua con vino.

Cuando salió de allí, aun le quedaba algún dinero.

—Papá, yo desearía tener un soldado de dulce.

—Bien; te compraré el soldado.

Le parecía á Noel que tenía una fortuna. Cuando regresaron al boulevard del Hospital, el niño se había quedado dormido en sus brazos chupando el morrion de su granadero.

Rambert le acostó en un destrozado jergón, le cubrió con una manta vieja y volvió á salir, diciendo al portero con aire extraño:

—¡Voy á desayunarme!..... A las once de la noche, ya es hora, ¿no es cierto?

Noel Rambert iba á gastar en aguardiente el poco dinero que le quedaba.

Tenía frío y estaba aniquilado. Pensó que el alcohol le daría un poco de vigor.

El portero llamó la atención á un inquilino que entraba, sobre el aspecto de trastorno que tenía Rambert.

—La verdad es que tiene un aspecto raro—dijo el otro.

—Diga usted más bien siniestro—respondió el portero.— Ese hombre debe tener vicios ocultos: aquí nos deja á su hijo y se marcha como un loco (usted le ha visto), y además no da aguinaldo.

II.

En Beaujon.

Noel huía de su casa impulsado por la necesidad de sacudir el cansancio que se apoderaba de él y el terrible entorpecimiento que le embargaba. Le causaba miedo encontrarse frente á frente de su hijo. Quería correr aún, como si aquella furia

de locomoción pudiera calmar sus nervios y extinguir su fiebre.

En las calles se oían gritos y cantares. Los transeuntes iban y venían alegremente y reían llenos de satisfacción. Todo el mundo rodeaba las mesas de las lecherías, y brillaban los escaparates de las tabernas. Se veían los salones de baile iluminados por el gas y adornados con banderas que temblaban á impulsos del viento. A través de los cristales se percibían parejas que valsaban alegremente al compás de una música de que no se oía más que un murmullo vago.

Rambert apresuraba el paso y se dirigía maquinalmente por el muelle á los Campos Elíseos. No pensaba ya en nada. Caminaba como un autó-mata, encontrando siempre en su camino la misma tentación, el Sena.

Estaba ya bastante avanzada la noche cuando Noel se encontró á la entrada de la avenida de los Campos Eliseos, solo, como atontado, mirando aquella larga fila de faroles de gas que formaban dos cordones luminosos y preguntándose:

—¿Iré más allá?

¿Para qué había de continuar? El azar no venía en su ayuda ni le ofrecía ningún recurso. ¿Qué podía esperar? Nada. Era, pues, necesario desan-

dar el camino y volverse á su casa como había salido de ella, sin dinero, sin esperanzas para el día siguiente y con la perspectiva de análogos sufrimientos para los sucesivos.

Rambert contempló, sondeándolas con ojos de loco, las sombrías profundidades de los Campos Elíseos. Á nadie se veía á aquella hora en aquel rincón de París.

Noel sentía escalofríos; aquella penetrante humedad le helaba. Al mirar aquel paisaje sombrío, aquella noche que parecía no había de terminar con la aurora, pensaba en su penosa existencia y en su desesperado porvenir.

Caminando por entre aquellos árboles, percibió la barraca del teatro Guiñol, que evocó en él recuerdos de tiempos mejores en que había llevado allí á su hijo y había gozado mucho con las risotadas que el espectáculo provocaba á Santiaguito.

Aquel dulce recuerdo de humilde dicha hizo acudir lágrimas á sus ojos. Le parecía oír el eco de aquellas risotadas infantiles, trocadas entonces en tristes lamentos.

Hizo un gesto de cólera y se volvió bruscamente hacia la plaza de la Concordia.

Avanzó algunos pasos marchando con rapidez, cuando una sombra que parecía desprender-

se de un árbol se dirigió en línea recta hacia él.

Rambert percibió á una mujer vestida de negro, con la cabeza y el rostro medio ocultos por una espesa mantilla que no impedía, sin embargo, observar la palidez de sus facciones, la temblorosa mirada de sus grandes ojos y el desorden de su fisonomía, que en su estado ordinario debía ser extraordinariamente hermosa.

Aquella especie de aparición avanzó rápidamente hacia Noel hasta llegar á tocar sus ropas, y le dijo con voz resuelta, aunque entrecortada, como si las palabras, retenidas largo tiempo por la reflexión ó la lucha de pensamientos opuestos, se escaparan bruscamente de sus labios:

—Ruego á usted me perd^{me}.... ¿Quiere usted ganar dinero, realizando al mismo tiempo una buena acción?

Rambert retrocedió instintivamente.

—¡Oh! no reflexione usted—continuó ella;—no pierda usted tiempo. ¡Acaso se trate de salvar la vida á un hombre!

—¿Y qué es preciso hacer?—preguntó Noel, acercándose y dudando si había oído bien.

—Parece usted fuerte y valiente—dijo ella con prisa febril;—sólo falta que sea usted un hombre honrado. Para el servicio que pido á usted basta

dar un corto paseo.... Escúcheme usted bien.... Al fin de la Avenida, cerca del Arco del Triunfo, bajando hacia Beaujon, hay un hotelito cuyas fachadas están pintadas de encarnado (en eso le reconocerá usted). No tiene número; pero sobre su puerta se ve una escultura..... ¿Me comprende usted?

—Sí—dijo Rambert—que seguía aquellos movimientos nerviosos.

—En aquel hotel debe entrar un joven.... Le esperan allí.... é irá.... irá de seguro el desgraciado! ¡Pues bien! Es preciso.... impedir á toda costa que entre! Yo no puedo ir allí, ni hacer una señal, ni dar un grito. ¿Quiere usted salvar á ese hombre? ¿Quiere usted librarle de la muerte?

—¿Hay en ello algún peligro?—preguntó Noel.

—No—respondió la desconocida dudando un poco.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—Porque yo había de ir de todos modos.

Aquella mujer miró á Rambert con expresión de profunda gratitud. Concentró en la palabra *gracias* todo el sentimiento de un terror calmado, y su mano buscó la ruda mano del obrero, que

sintió que aquellos helados dedos le oprimían con uno de esos apretones femeninos nerviosos, de inconcebible energía. Luego observó que buscaba algo en su vestido, cuya seda crujía, en tanto que anhelante:

—Aprésúrese usted..... —le decía. — Dígale usted en nombre de Clara..... que no entre en el hotel. ... De Clara..... ¿se acordará usted?..... Dése usted prisa..... Acaso sea ya tarde..... Al llegar á Beaujon, á la derecha.....

Y renovaba sus indicaciones. Nadie hubiera dudado en complacerla. Había una especie de poderío magnético en sus súplicas, en sus ruegos. Además Noel era de los que tienen verdadero deseo de ser útiles, de sacrificarse, de ejercer el apostolado de la fraternidad.

Cuando ya se alejaba, ella le detuvo, tomó su mano y vació en ella un portamonedas. Noel oyó el sonido del oro, y el reflejo de un farol de gas hizo salir de su mano un resplandor amarillo, ese resplandor siniestro que tienta el ánimo, que emborracha al avaro, que fascina, que ciega, que enloquece.

—¿Y qué he hecho yo para ganar esto? — pensaba.—Si puedo prestar un servicio, no soy de los que lo cobran.

Experimentó deseos de devolver el dinero ó de tirarlo; pero se presentó ante su vista, como en una aparición, el lúgubre y pobre cuarto del boulevard y Santiaguito hambriento y medio desnudo.

La desconocida le decía entretanto:

—Probablemente no sabré nunca vuestro nombre; tampoco puedo deciros el mío. Pero sabed que habrá en el mundo una mujer que os deberá no tener que enrojecer de una falta ni que soportar el peso de un crimen. Adiós..... daos prisa.

Rambert creía que soñaba. Apretó en su contraída mano aquellas monedas, levantó la cabeza, y dijo en voz alta, como si aun hablase con la desconocida que ya se había alejado:

—¡Andando, pues! Rambert, á ganar este dinero.

Y echó á correr en la dirección indicada.

Al llegar al Arco del Triunfo trató de orientarse y de buscar el hotel. Bajó hacia Beaujon, metiéndose á veces hasta media pierna en el lodo, mirando las casas y tratando de descubrir la fachada pintada de encarnado y la escultura sobre la puerta, de que le había hablado la desconocida.

Empezaban ya á cerrar las tabernas, pero aun quedaban muchas abiertas.

Pensó entrar en alguna á informarse de la situación de la casa que buscaba, pero prefirió seguir andando hasta encontrarla por sí mismo.

Le tranquilizaba no oír ruido alguno por aquellos alrededores. Puesto que no se oía grito alguno, puesto que nadie llamaba en su auxilio, era evidente para Rambert que el hombre por quien temblaba la desconocida no debía hallarse en peligro.

Por fin se detuvo delante de un hotel rodeado de una cerca muy baja, pintada de encarnado, á la italiana.

—¡Ah! ¡por fin! Aquí es—se dijo.

Buscó con la vista la puerta, y la encontró rodeada de adornos y ostentando en su parte superior un bajo relieve imitando porcelana, copia de una escultura de Lucca. Indudablemente aquella era la morada de un artista ó de un gran señor. La cerca estaba recubierta de adornos de ladrillo á la napolitana. La puerta se abría sobre un jardín; Noel se aproximó á ella y la encontró entornada. La entreabrió un poco y percibió una especie de paseo como de treinta pasos de largo, á cuyo extremo se veía la casa, que parecía cerrada. Se subía al hotel por una escalerita cu-

bierta por una marquesa. Las ventanas de aquella fachada, muy bajas por cierto, no dejaban pasar rayo alguno de luz. La casa parecía deshabitada.

—No entraré—pensaba Rambert.—Esperaré aquí, y si viene ese hombre, le advertiré el peligro y le obligaré á volverse.

Ni siquiera se preguntaba los lazos que podrían unir á aquel hombre y aquella mujer, ni sentía curiosidad de saberlo.

Se dispuso á esperar como un centinela al que debía venir, aunque fuese hasta la mañana; pero bien pronto un ruido de voces ó de lucha, algo extraño que oyó en dirección á la casa, le hizo estremecerse, y penetró en el jardín, marchando en línea recta hacia el sitio en que oía el ruido. No reflexionaba; le parecía que estando allí para prestar socorro, cumplía con un deber acudiendo adonde pudiera ser útil.

Se oían efectivamente gritos como de una discusión violenta.

—¿Habré llegado tarde?—pensó Rambert.

Y en dos saltos llegó á la escalera, subió los cinco ó seis escalones que la formaban, y sacudió con fuerza la puerta. Imposible abrir.

—Daré la vuelta á la casa—pensó Ram-

bert—y acaso por alguna ventana pueda entrar.

Efectivamente, en la fachada izquierda de la casa, y á la altura de un hombre, encontró una ventana que daba á una de las salas del piso bajo, y que á pesar de las espesas cortinas de reps verde que la cubrían por dentro, dejaba pasar un rayo de luz. De aquella sala era de donde partían las voces. Todo estaba cerrado, pero la mirada de Noel pudo penetrar por entre las cortinas incompletamente corridas. Noel se subió al reborde de la ventana, y aproximando la vista á los cristales, percibió á la luz de una lámpara oval de vidrios de colores, suspendida del techo, á dos hombres, uno de ellos alto, erguido, con el gabán abotonado hasta el cuello y el sombrero puesto, con espesa barba negra que maquinalmente acariciaba, y el otro rubio, muy pálido, con la cabeza descubierta y los brazos cruzados sobre el pecho.

Entre ambos hombres había una mesita de pies torneados, cargada de bronces y objetos de arte; la lámpara con su azulado reflejo iluminaba con tono lívido un cuchillo andaluz de grandes dimensiones, colocado entre los bronces.

Los dos interlocutores estaban evidentemente en ese período de furor sordo, al que sigue una violenta explosión de rabia.

Los ojos de ambos despedían llamas. La azulada luz de la lámpara los hacía aparecer á la vista de Rambert como dos espectros.

Sin darse cuenta de ello, Noel empezó á empujar con una mano la ventana, en tanto que se sostenía con la otra.

—Me daréis lo que me pertenece—dijo en aquel momento con tono resuelto y feroz el que se acariciaba la barba.

Noel sintió un escalofrío, porque sorprendió en la pupila de aquel hombre un relámpago que se dirigía en recta línea al cuchillo. Quiso gritar, precipitarse bruscamente dentro. Le pareció oír la palabra *nunca*; la respuesta á la amenaza, sin duda.

Luego vió pasar bruscamente ante él al hombre de la barba negra y coger el cuchillo con la misma rapidez con que se lanza el águila sobre su presa.

—¡Le va á matar!—rugió Rambert.

É hizo un poderoso esfuerzo para abrir la ventana; pero ésta resistió.

Envolvió entonces rápidamente su mano derecha en el pañuelo, á fin de no herirse, y rompió con ella uno de los cristales; levantó la falleba y saltó dentro, gritando como un loco, separando las

cortinas y presentándose lleno de barro, amenazador, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

El joven había caído al suelo.

El otro, inclinado sobre él, abría sus vestidos y buscaba en ellos alguna cosa, pálido, con movimientos inhábiles y temblorosos.

Rambert gritó:

—¡Al asesino!

El de la barba negra se volvió.

—¡Al asesino, al asesino!

El de la barba se levantó como movido por un resorte y miró cara á cara á Noel. Rambert observó que tenía en la mano una cartera encarnada.

—Acabáis de asesinar á este hombre—dijo Rambert frenético.

El otro no contestó. Retrocedió tres pasos, y cuando se hubo colocado al otro lado de la mesa y cerca de una puerta oculta por la tapicería, extendió hacia Noel su mano derecha, armada de un revólver.

—¡Ah, caramba! ¡no me asusto yo por eso!—dijo el obrero lanzándose bruscamente sobre él.

Sonó un tiro.

Noel se había bajado, y la bala pasó por encima de su cabeza, y agujereando las cortinas, salió por la ventana abierta; pero antes de que Rambert se

enderezase de nuevo, el hombre desapareció por la puertecita que estaba á su espalda, y Rambert oyó que la cerraba por fuera con una sangre fría extraordinaria.

Noel quiso detenerle, cogerle, impedir que huyese.

—¡Si pudiese, lanzándome por la ventana, cortarle la retirada, cogerle, arrastrarle hasta su víctima!—pensaba.

Ya iba á saltar al jardín, cuando un gemido, un lamento del herido, uno de esos gritos del hombre á quien el dolor convierte de nuevo en niño, le detuvo.

Era preciso tratar de salvar á aquél, á ser posible, antes de pensar en castigar al otro.

Rambert se inclinó hacia el joven, levantó suavemente su cabeza, y apoyándola en su rodilla, deshizo el nudo de la corbata y desabrochó el cuello de la camisa del herido.

El rostro del desgraciado estaba lívido, y la luz de la lámpara permitía apreciar el hundimiento de sus ojos. Rambert le descubrió el pecho y percibió la ensangrentada herida cerca del corazón.

—¡Ah, infeliz!—pensó.

Noel gritaba de cuando en cuando:

—¡A mí, socorro!

Y esperaba que de un momento á otro vendrían en su auxilio.

El joven había vuelto á abrir los ojos y los fijaba en Noel, que le repetía:

—No está ya aquí..... Ha huído..... Pero yo lo he visto todo..... yo le denunciaré..... No temáis nada..... ¡Ah! ¡El miserable!..... ¿Sufre usted mucho?

El joven no respondía; movía su mano derecha sobre su cuerpo como buscando algo, pero después de cada esfuerzo su demacrada mano caía inerte.

—¿Buscáis el portamonedas, verdad?— dijo Rambert.

Los moribundos ojos del herido brillaron un momento con avidez.

—Se lo ha llevado— dijo Noel.

De aquel pecho desgarrado salió un sonido ronco, espantoso. El moribundo hizo un esfuerzo para levantarse, pero su cabeza volvió á caer sobre el muslo de Rambert, y un nombre se escapó de su boca como un suspiro.

—¡Madre!.....

Subió á sus labios una espuma roja, y sus brazos cayeron de nuevo sobre el pavimento.

Rambert se levantó bruscamente. Llamó de nuevo en su auxilio. Nadie le contestó.

Entonces instintivamente sintió aquel bravo como si le corriese agua helada á lo largo de la columna vertebral..... El aislamiento en que se encontraba, aquel *vis à vis* con un cadáver, aquella casa sin dueño, hicieron comprender á Rambert que había para él un grave peligro en aquella sangrienta pesadilla.

—Es preciso— pensaba— advertir á alguien, llamar testigos, avisar á la policía..... ¿Dónde encontraría yo á estas horas á un comisario?

Se encontraba abatido, aniquilado. Le fué preciso hacer un violento esfuerzo para recobrar su energía, saltar por la ventana y dirigirse hacia la puertecita del jardín, titubeando, casi á tientas. La puerta estaba cerrada. Sin duda el hombre del revólver la había empujado bruscamente tras de sí. Rambert hizo jugar la cerradura, pero de pronto se detuvo.

Había oído á la parte de fuera un rumor, un ruido de voces que iba aumentando. Acaso fuesen cómplices del asesino. Acaso volviera él mismo con otros.

Rambert se dijo sencillamente:

—¡Tanto mejor! ahora nos veremos.

Y abrió la puerta bruscamente; pero al mismo tiempo se sintió cogido por el cuello, por los codos

y las piernas por tres ó cuatro hombres, de los que no veía más que la sombra. En tanto, otros corrían hacia la casa y se esforzaban inútilmente en abrir la puerta de la escalera. No pudiendo conseguirlo dieron la vuelta á la casa, y encontrando la ventana abierta, entraron por ella como lo había hecho Noel.

Este decía forcejeando:

—¿Qué me queréis? Dejadme. Quiero ver al comisario. ¿Dónde está la policía? Aquí han asesinado á un hombre.

Entonces las manos que le asían le apretaron con más fuerza, y el desgraciado se sentía ahogar por sus apretones. Al mismo tiempo oía las voces siniestras de una muchedumbre, á la que sólo percibía vagamente. *Un asesinato, un robo*, decían.

—¿Por qué me sujetáis?—repetía Noel encolezado.—Os digo que quiero referir lo que he visto.....

—Lo vais á contar con toda calma—dijo uno de los que le tenían sujeto.

Rambert no se daba bien cuenta de lo que ocurría. Su cerebro confundía las ideas. Se creía víctima de una terrible pesadilla. Al cabo de un momento volvieron los que habían penetrado en la casa, hablando entre ellos con mucha animación.

Noel no oía más que una palabra: *cadáver*. Le empujaron brutalmente hacia la avenida. Le pareció ver ante él una muchedumbre inmensa, y á pocos pasos los faroles de un coche. En éste metieron á Noel, sentándose un hombre á su lado y otro enfrente. Cuando partió el carruaje, Noel preguntó sencillamente:

—¿Adónde me llevan ustedes?

—¿No preguntabais por el comisario?—dijo con ironía el que estaba sentado frente á él.

—Ciertamente—contestó Rambert.

—¡Pues bien!.....—dijo el otro.

Rambert no comprendió.

—¡Si fueseis tan amable que me dejaseis estirar un poco las piernas!—dijo en voz baja y con dulzura.—Estoy cansado..... muy cansado.

—¿Habéis andado mucho?

—Ya lo creo. Todo el día.

El pobre diablo sentía entorpecerse su cabeza, y se dejaba caer inerte sobre las almohadillas del coche. Éste se detuvo al cabo de un momento.

—¡Vamos, de prisal—dijeron á Noel.

Le hicieron subir una escalera sombría, cuyas paredes, en las que se apoyaba Noel, goteaban.

Entraron en un cuarto dividido en dos por una balastrada de roble. Uno de los hombres que

acompañaban á Noel le dijo, señalándole un banco que había junto á la pared :

—Sentaos ahí.

Aun no había asaltado á Rambert la idea de que se le acusara. Creía que le llevaban á la Comisaría á declarar. Miraba maquinalmente á algunos hombres que á la luz de quinqués de aceite, suspendidos del techo por una varilla de hierro, escribían en papel sellado, en tanto que otros se calentaban en una estufa colocada en el fondo de la sala. Estos últimos hablaban entre sí y miraban á Noel de un modo especial.

Por fin llegó el comisario, un hombre grueso con grandes mofletes rubicundos, que parecía visiblemente contrariado por haber tenido que interrumpir su sueño.

—¿Sois el señor Comisario?— preguntó Noel cuando estuvo en su presencia.

—Sí.

—Entonces, recibiréis mi declaración.

—Perdonad, yo seré quien os interrogue— dijo el comisario, algo ofendido de que el presunto reo le preguntase en lugar de limitarse á responder.

Y empezó el interrogatorio.

Rambert respondió al principio con la mayor

naturalidad. Había visto asesinar á un hombre. No conocía al muerto ni sabía su nombre. Apenas había visto el rostro del asesino; pero conservaba aún en sus oídos el sonido metálico de su voz, y le parecía tener ante los ojos su lívido semblante, poblado de espesa barba negra. El comisario dejaba hablar á Noel y reanimarse al referir la lucha, al contar, al pintar en cierto modo, con los gestos y la vivacidad que da la expresión de toda emoción verdadera, la escena que acababa de presenciar, y al par que le escuchaba inclinaba la cabeza y le miraba de arriba abajo.

Cuando Rambert hubo terminado su narración, el comisario levantó la cabeza y le dijo con la mayor naturalidad:

—De modo que negáis haber asesinado al individuo cuyo cadáver se ha encontrado.....

—¿Cómo?.....—dijo Noel, levantándose bruscamente.—¿He comprendido bien?..... ¿Me preguntáis que si yo he matado al hombre cuyo cadáver han encontrado allí? Caramba, señor comisario, permitidme que os diga que eso me parece demasiado fuerte; no encuentro otra palabra; es demasiado fuerte. Pero ¿qué idea tenéis entonces de mí? Vamos, he entendido mal..... No habéis querido decir que he asesinado á aquel pobre

mozo, á quien he visto caer, á quien hubiera defendido con todas mis fuerzas.

—¿Negáis?—repitió el comisario.

—En absoluto..... Pero ¿cómo podéis dudar?..... Esto es terrible..... Si alguien hubiera dudado que yo podía asesinar á un hombre, le hubiera retorcido el pescuezo. Y vos me lo decís con la mayor sencillez del mundo, porque sois comisario y porque me han traído á vuestra presencia. Pero yo no huía; por el contrario, os buscaba. ¿Pues qué, los asesinos buscan á la policía? Si hubiera asesinado, seamos justos, hubiera tratado ante todo de ponerme en salvo. ¡Vamos, si seré estúpido! ¡Pues no me estoy defendiendo ahora! Vamos, señor comisario, yo habito en el boulevard del Hospital, 115, me llamo Noel Rambert; he trabajado hasta hace un mes en la casa de los señores Potonier y Compañía, cerca de los Gobelinos. Allí es fácil averiguar quién soy yo. Mis camaradas os dirán que soy un hombre honrado. Los propietarios me estiman. ¿Veis este dedo, señor comisario? Me lo tuvieron que cortar porque me lo cogí entre el engranaje de dos ruedas. Desde entonces no tengo trabajo. A no ser así, no me hubieran encontrado por estos sitios á tales horas. ¡Que me ahorquen si pensaba venir esta noche al Arco del Triunfo!....

No, yo me hubiera estado allá en casa con mi hijo. ¡Pero todo esto es estúpido, señor comisario! Yo me he visto acosado por el hambre, lo puedo decir. Pero nunca se me ha pasado por la imaginación robar un panecillo, nunca. ¿Lo entendéis? Hubieran podido encontrarme muerto de hambre en mi casa, con mi hijo; pero robando ó cuchillo en mano..... ¡Ira de Dios! ¡En la vida se me ha ocurrido semejante idea!

El comisario le miraba y le escuchaba, llevando el compás de una marcha con la extremidad de un cuchillo de abrir papel, sobre la mesa de despacho.

Cuando Noel acabó de hablar, se dirigió á uno de los guardias que le habían conducido y le preguntó:

—¿Han recogido ustedes alguna pieza de convicción?

El guardia tenía en la mano el cuchillo, cuya hoja virgen había visto brillar Noel á través de las cortinas.

El comisario lo tomó en sus manos y dijo á Noel:

—¿Luego este cuchillo no es vuestro?

—Jamás ha sido mío. Yo lo he visto brillar sobre la mesa. Con él fué con el que hirió el ase-

sino; pero yo nunca he usado semejantes armas.

—Muy bien—dijo el comisario.—Todo eso se esclarecerá mañana.

Llevaron á Rambert á otra habitación, le filiaron y procedieron á registrarle. Cuando encontraron oro en sus bolsillos, exclamó admirado:

—¡Oro! ¡oro en mi poder!

Había olvidado que tenía tal cantidad.

El comisario, á quien avisaron aquel descubrimiento, fué á donde estaba el preso y le dijo:

—Se han encontrado en vuestro poder trescientos sesenta francos. ¿Queréis decirme dónde los habéis encontrado ó los habéis ganado?

Noel contó entonces, como quien cuenta un sueño la aventura de los Campos Elíseos.

—¡Verdaderamente que estoy tonto!—decía el pobre hombre.—¡No haberos contado ese incidente, cuando ha sido la única causa de mi venida á Beaujon! ¡Ah! ¡Si supierais lo trastornada que tengo la cabeza! Hubiera debido referiros eso ante todo.

—Ciertamente, dijo el comisario con irónica sonrisa, y se volvió á su despacho.

Desde allí condujeron á Noel á la cárcel y le encerraron en un calabozo. Un soldado de los de cuerpo de guardia, al verle pálido como un muer-

to, demacrado y famélico, se compadeció de él y le dió un pedazo de pan y un vaso de agua.

—¡Después de todo—se dijo Noel—yo no puedo más! ¡Necesito reposo, y lo mismo me da tenerlo en un sitio que en otro!

Efectivamente, el infeliz estaba destrozado, molido, muerto de hambre y de cansancio; así es que, sin darse apenas cuenta de lo ocurrido, de la terrible acusación que pesaba sobre él, con la cabeza enteramente atontada, se dejó caer en un rincón, presa de ese sueño pesado, irresistible, del soldado después de un día entero de batalla.

No fué más clemente con él el sueño que lo había sido la jornada, pues pasó el resto de la noche víctima de horrible pesadilla, en la que creía asistir á la agonía de su hijo, víctima del croup.

III.

Daniel Mortal.

El hombre á quien Noel había visto coger el cuchillo y herir á su víctima, el que había huído disparando sobre él, se llamaba Daniel Mortal. No se ha olvidado aún ese apellido en uno de los departamentos próximos á la frontera española. Aquellos habitantes de los Pirineos tuvieron allí